

Afganistán, bisagra de la geopolítica mundial con China al fondo

La retirada de las tropas estadounidenses y aliadas del territorio de Afganistán, en agosto de 2021, tras permanecer desplegadas durante veinte años sobre el país centroasiático, marca un antes y un después en la geoestrategia mundial. La retirada pasará a los anales de la Historia contemporánea como un punto de inflexión en el que la política militarizada de una superpotencia, los Estados Unidos de América, aplicada en clave imperial, fracasa de manera rotunda. Y, por ende, ese tipo de ocupación militar directa sobre el marco territorial declina como paradigma histórico para dar paso a otras formas de dominación y de guerra signadas por profundos cambios tecnológicos.

A partir de ahora pues, las ocupaciones militares territoriales pasan a un segundo plano, según las principales Cancillerías, que retraen sus miradas hacia el tradicional dominio de los mares, concretamente en los océanos Índico y Pacífico donde sitúan hoy el foco crucial de la confrontación geopolítica potencial. Así lo muestra el reciente acuerdo, de cuño naval, suscrito entre Estados Unidos, Australia y el Reino Unido, conocido bajo el acrónimo AUKUS, tendente a vertebrar un cordón marítimo, ofensivo-defensivo, en torno a China en sus mares aledaños.

Francia, nación cardinal en la vertebración de Europa, se ha visto desairada por dos de los firmantes del mencionado pacto naval al perder, a manos de Estados Unidos, el contrato firmado con Australia para la construcción de doce submarinos convencionales; tras la rescisión contractual, muy onerosa para la economía armamentística

francesa, los sumergibles serán construidos en astilleros australianos con tecnología estadounidense. Además, pasarán a ser de propulsión nuclear, en un escenario marítimo australiano desnuclearizado, que las dotaciones de los futuros buques tendrán capacidad de alterar, al poder portar misiles aptos para albergar cabezas nucleares.

Por ende, el pacto desplaza el foco de confrontación de las grandes potencias allende Europa, continente donde permaneció centrado durante cuatro largas décadas a lo largo de la denominada Guerra Fría, que hoy algunos observadores cualificados ven reeditada en una nueva fase, con la variante de que no es Rusia el otro polo de confrontación sino aquel al que Estados Unidos apunta: China. El gran país asiático ha saltado por encima del país norteamericano en las carreras tecnológica, comercial y *deudo-teniente*, todo lo cual ensombrece el poderío estadounidense y encona las rivalidades hasta extremos inquietantes. Por su parte, China no renuncia a expandir su influencia a escala planetaria, si bien hasta el momento, no parece mostrarse dispuesta a emprender —ni admitir— aventuras militares propias y ajenas.

Europa, por su parte, tiene a partir de ahora la oportunidad de erigirse en poder arbitral ante el conflicto potencial que se adivina entre Washington y Pekín en el escenario indo-pacífico. Le cabe movilizar su ascendiente civilizacional, económico, diplomático y moral, para distender las rivalidades en ciernes y fortificar sus propias relaciones trasatlánticas y eurasiáticas, con miras a una paz mundial más necesaria que nunca. Solo con esta misión de nuevo cuño Europa podrá seguir desempeñando un papel en cierta medida relevante en la arena internacional que, a partir de ahora, aleja el foco de su interés hacia el distante escenario indoasiático.

Todo indica que cuando Washington decidió pasar página a propósito de su presencia militar territorial en Afganistán, sus estrategos barajaban ya el propósito de imprimir un giro copernicano al designio exterior estadounidense. Y lo han hecho llevando la zona de confrontación al mar de China, donde creen ver anidar un designio expansivo impulsado por Pekín.

Siglos de fracasos

El caso de la ocupación militar de Afganistán muestra la particularidad de que su fracaso se vio precedido, durante siglos consecutivos, por otros fiascos semejantes: el del imperio mongol en el siglo XVI, el del designio imperial británico en el siglo XIX o, durante la pasada centuria, el de la fallida ocupación militar del país por tropas de la Unión Soviética, cuya retirada daría paso al Gobierno de los talibanes durante un lustro, preludio de la invasión militar estadounidense en 2001 hoy consumada en una derrota sin paliativos frente al régimen fundamentalista de los estudiantes coránicos.

Desde el mundo del islam, la interpretación de lo sucedido en Afganistán varía ampliamente. Las corrientes adscritas al fundamentalismo perciben lo sucedido como una victoria surgida de la ayuda divina, que preludiará un renacer del islamismo buscado afanosamente tras verse truncado de manera reiterada por un Occidente "corrompido, decadente y maléfico". Desde las corrientes islamistas más moderadas, aunque preocupa la radicalización del discurso talibán y su deriva ideológica en sintonía con el relato wahabita de cuño saudí, se percibe lo acontecido como una oportunidad que abre las puertas a un posible acomodo interislámico de nuevo cuño, como el que permitió la coexistencia de comunidades sunníes y chiíes en el mundo árabe durante siglos. Ambas corrientes salen fortalecidas al quedar despejado el terreno ideológico donde creen germinar tras el hundimiento, en el mundo árabe, de los experimentos nacionalistas, progresistas y socializantes de líderes históricos como Gamal Abdel Nasser, Yasser Arafat, Moammar El Gadaffi o Saddam Hussein, entre otros.

Como se sabe, la Casa Blanca, estremecida por los efectos de los atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono de Washington el 11 de septiembre de 2001, decidió invadir militarmente Afganistán. Y lo hizo invocando el supuesto según el cual, el Gobierno de los talibanes, instalado desde 1996 en la capital afgana, Kabul, había dado asilo al saudí Osama Bin Laden, presunto inductor intelectual de aquellos atroces atentados que causaron

tres mil muertes. Empero, los talibanes habían llegado al poder en Afganistán gracias a la ayuda financiera y militar de Riad, Islamabad y Washington, ayuda distribuida por el propio Bin Laden, con el objetivo de expulsar a las tropas soviéticas desplegadas en el escarpado país asiático en diciembre de 1979. Allí permanecieron hasta una década después. Rusia, con potente presencia e impug nación islámicas en algunas de sus repúblicas meridionales, alertada por la entonces reciente revolución —hegemonizada por los islamistas— en Irán, país fronterizo de la URSS y de Afganistán, justificó su invasión militar con el argumento de que su propósito era el de guarecer a consecutivos gobiernos procomunistas locales. Estos, en el subdesarrollado país centroasiático, emprendieron cambios estructurales —reforma agraria, escolarización de las mujeres, remoción de las estructuras feudales, laicidad de la política— que el triunfo militar talibán frustraría abruptamente. El último de los dirigentes comunistas afganos, Najibullah, que se mantuvo en el poder seis años después de la retirada soviética, sería apresado, castrado y ahorcado por los talibanes, que acometieron una represión feroz contra cualquier atisbo de oposición, reinstalaron la opresión contra las mujeres y ocuparon el poder en 1996, entonces con el beneplácito de Washington que valoró en mayor medida la expulsión de su rival soviético de la escena.

Los talibanes preconizan un islamismo fundamentalista, fuertemente misógino, así como socialmente feudal, mientras promueven la implantación de un régimen que adopta ya la forma de Emirato, concreción política de un sistema teocrático; esta corriente del islamismo radical es la asumida y aplicada por la mayoría étnica pastún, que reparte su presencia entre Afganistán y su vecino Pakistán, Estado este catalizador de la causa talibán. Las minorías afganas, hazara, tayika y uzbeka, así como una veintena más de ellas, no gozan de buenas relaciones con la etnia hegemónica. En estos veinte años de ocupación foránea, los tayikos fueron cooptados por los estadounidenses para integrar la oficialidad de las fuerzas armadas de la República de Afganistán, así creada por Estados Unidos, por lo cual esta minoría es hoy perseguida por los talibanes, mayoritariamente

pastunes, que históricamente han mostrado un desprecio evidente hacia la comunidad hazara.

Las autoridades coránicas de Kabul se acogieron a las tradiciones consuetudinarias de la hospitalidad pastún —*pastunwalli*— a la hora de dar cobijo a Bin Laden, líder de la organización islamista Al Qaeda y antiguo aliado objetivo de Washington entre 1989 y 1996. Aquel asilo talibán dado a Bin Laden en torno al cambio de siglo fue inmediatamente trocado por la Casa Blanca en *casus belli* tras los atentados de septiembre de 2001 y desencadenó la ocupación militar estadounidense de Afganistán. La invasión, que contaría ulteriormente con el apoyo de distintos aliados de la OTAN, España entre ellos, sería desplegada con el declarado propósito de acabar con el terrorismo de *Al Qaeda* así como con el de imponer en Afganistán un régimen republicano, señaladamente anticomunista, con un gobierno local, procesos electorales e instituciones pretendidamente democráticas. Todo ello financiado mediante inversiones que en el año 2016 alcanzaron la suma de 700.000 millones de dólares; tres años después, esta cifra rebasaba el billón de la moneda norteamericana, suma que inversores occidentales consideran ahora dilapidada, señaladamente en sofisticadas armas carentes allí de las pertinentes infraestructuras tecnológicas para poder ser activadas. Esas armas, tras la retirada occidental, han pasado a manos talibanes junto con grandes arsenales de armamento convencional entregados en su día a las fuerzas de la república afgana.

La intención geoestratégica norteamericana subyacente a la invasión militar de Afganistán resultaba ser, en su culminación, muy apetitosa para Washington. Y ello dado el enclave del país en el corazón de Asia: Afganistán tiene frontera con China en el desfiladero del Panshir y amplios límites con las ex repúblicas soviéticas de Tayikistán y Uzbekistán, en el bajo vientre de la antigua URSS, hoy Federación Rusa. Además, linda con Pakistán, Estado islamizado aliado entonces de Washington y de Pekín, fronterizo y rival regional de la poderosa Unión India, tradicionalmente aliada con Moscú —aunque no en la actual coyuntura—, y enfrentada a Pekín. Asimismo, Afganistán posee una enorme frontera terrestre con la República islámica

de Irán, que comparte el credo islámico chií con el de las tribus hazaras, así como la lengua local, el darí protopersa.

Ocasión única

Tras la revolución iraní de 1978, que derrocó al sha Reza Pahlavi aliado de Washington, Estados Unidos, que contaba en Irán con fuerte implantación militar, se vio desplazado de la zona centroasiática durante dos décadas, si bien los atentados contra las Torres Gemelas y el Pentágono, brindaron a la Casa Blanca la ocasión geopolítica y el pretexto idóneo para reinstalarse en el área en 2001 en el marco de una denominada *guerra contra el terrorismo* islamista. Tiempo atrás, el presidente Jimmy Carter, aleccionado por su Consejero de Seguridad Nacional, Zibgniew Brzezinski, había autorizado una aproximación indirecta, pero muy influyente, a través del apoyo financiero y armamentístico estadounidense a los *muyaidines*, combatientes islámicos de cuyas alianzas surgiría el movimiento talibán. El argumento esgrimido era el de combatir allí la presencia militar soviética.

Como cabe confirmar, todo, desde la Historia hasta la dinámica política cotidiana, además de la fragmentada estructura étnica y social del escarpado país centroasiático carente de vías de comunicación y sin salida al mar, otorgaba a Afganistán la condición de auténtico *avispero* geopolítico. Pero tal condición no fue tenida en cuenta por la Casa Blanca, bajo los mandatos presidenciales de Jimmy Carter, George Bush junior y del demócrata Barak Hussein Obama, hasta que el díscolo presidente republicano Donald Trump planteó abiertamente la retirada militar de Afganistán. Y lo enunció al considerar que la presencia de numerosas tropas y subcontratas militares norteamericanas, más las copiosas inversiones allí sustanciadas, resultaban ruinosas para los intereses de los Estados Unidos.

La estela de sangre dejada allí por Occidente se cifra en 120.000 víctimas entre la población afgana, atrapada entre dos fuegos, el talibán y el norteamericano, que dejó sobre el terreno 2.300 com-

batientes estadounidenses durante las luchas contra los estudiantes coránicos, entonces pobremente armados.

Al acceder el demócrata Joseph Biden a la Casa Blanca, en enero de 2021, arropado por el prestigio *a priori* de una plétora de propuestas diferenciales respecto de los bandazos políticos de su antecesor, pocos pensaron que fuera a aplicar la misma directriz de retirada preconizada por Trump respecto de Afganistán. Sin embargo, así lo hizo. Decidió la retirada militar completa en términos semejantes, pero cursó en condiciones caóticas: miles de colaboradores del régimen instalado por Washington en Kabul, tildados de traidores y convertidos por parte de los talibanes en objetivos aniquilables, afluyeron en tromba al aeropuerto de la capital afgana con el propósito de ser evacuados, en medio de un prieto cerco del aeródromo por parte de los guerrilleros islamistas que, desde apenas unas semanas antes, habían ido ocupando paulatinamente el país en un auténtico paseo militar. En su marcha, apenas hallaron resistencia armada salvo alguna ocasional por parte de la denominada Alianza del Norte, que mantiene posiciones en el flanco septentrional del país centroasiático. El presidente de la efímera República de Afganistán, Ghani, huyó, mientras el ejército republicano salía en desbandada o se unió a los talibanes, con armas y bagajes.

Por cierto, la evacuación de las familias afganas que colaboraron con España resultó ser un éxito, que fue ponderado como modélico por el propio presidente Josep Biden y por Úrsula von der Leyen, presidenta de la Unión Europea. España había enviado cierto contingente militar dentro de un programa mixto, militar y de reconstrucción, de la OTAN aplicado a Afganistán. Hasta 91 soldados españoles dejaron sus vidas durante los años en que se mantuvo allí la presencia española. Otras evacuaciones de colaboradores con países occidentales resultaron fallidas de tal manera que originaron una crisis humanitaria de proporciones desconocidas, habida cuenta de la dificultad para evaluar su composición y su alcance, al haber quedado atrapadas en el país a mayor parte de ellos y sin poder abandonarlo más que a través de remotos pasos fronterizos con los países vecinos, destacadamente Irán.

Todo son hipótesis respecto del futuro político de Afganistán, desde las que prevén una inminente guerra interétnica, señaladamente pastún-hazara, hasta aquellas que preconizan una creciente conflictividad social protagonizada por las mujeres. Ellas han visto abruptamente rotos sus anhelos de emancipación -prometidos por los ocupantes extranjeros-, tras la llegada al poder de los talibanes, regreso que perciben como un siniestro *rittornello* que ha azuzado, además, una profunda decepción respecto del papel de los Estados Unidos en su país y en la zona.

Opiáceos en el pantano

Un aspecto no baladí es el que confiere a Afganistán la condición de ser el país del mundo que alberga el 90% de la producción de opiáceos, según reiterados informes de Naciones Unidas. El tráfico fluido de estupefacientes es, en y a partir de, Afganistán, desde hace años, un clamor a voces; con certeza, los productores de la amapola constituyen un poder fáctico en el país centroasiático. Ello les asigna un evidente papel, por acción u omisión, en los acontecimientos allí sobrevenidos recientemente. Pese a las prohibiciones formales de consumir opio por parte de los talibanes, su arcaizante y anacrónico régimen teocrático puede llegar a convertir el país en un auténtico *Estado fallido*, requisito ineludible para su transformación objetiva en un narcoestado.

En cuanto al alejamiento de Estados Unidos de la zona es considerado como relativo, ya que la subcontratación militar, por medio de agencias de seguridad privadas, se ha convertido en una moda geopolítica en auge. Por otra parte, no sería de extrañar que, desde cercanas bases militares norteamericanas en países limítrofes, Washington monitorizara una pingüe cuota de los acontecimientos en curso en Afganistán.

No obstante, dejar el espacio afgano al paio de los intereses geopolíticos de los vecinos del país, China, la Federación Rusa, Pakistán e Irán, parece rentar potenciales réditos geopolíticos a Washington:

Afganistán es considerado un verdadero pantano para las grandes potencias, como la Historia nos muestra. Por ello, la salida de Estados Unidos, que puede haber excitado el apetito de Pekín, Moscú, Teherán, Islamabad e, incluso, Ankara para influir o asentarse en el país centroasiático, no deja de ser una incitación a empantanarse, *bog down*, en las arenas movedizas de un país indomable como el afgano. Ya en Siria, Washington siguió una política semejante de retirada intencional, para fijar al terreno a Moscú que tiene ahora grandes dificultades para abandonar allí la escena, cosa que tal vez Washington desee que Pekín imite en el escenario afgano.

Todo lo cual determina el alcance geoestratégico de los acontecimientos registrados en el área, con cinco potencias nucleares mirando a Afganistán, país cuya estabilidad política, nadie ha logrado consolidar hasta ahora desde el exterior. Sobre el terreno queda una teocracia encarnada en los estudiantes coránicos afgano-pastunes, *talibán*, que tratan de aplicarla, a golpe de fusil ametrallador, tras haber recuperado el poder.

El rasgo diferencial que les caracteriza es que entienden y aplican el islam como una religión plenamente politizada. En su aplicación a la vida social, la característica más llamativa y sangrante consiste en una estricta *feminofobia* que aparta, segrega e invisibiliza totalmente a la mujer de la vida social, laboral y académica, para recluirla en el hogar. Además, las mujeres se ven sometidas a una sospecha incesante asociada un régimen punitivo desde el que se escrutan y fiscalizan todos los aspectos de su conducta. Los castigos abarcan desde los latigazos hasta la lapidación a muerte. Su código moral está basado en la observancia escrupulosa y, sobre todo, obsesiva, de normas medievales interpretadas, generalmente, de forma leonina por quienes disponen del poder, asociado a las armas. El inmovilismo social sería el correlato del islamismo en clave talibán.

Como colofón, el solapamiento de la histórica lucha del pueblo afgano contra todo tipo de presencia militar extranjera y la adversidad que implica su hegemonización armada por parte del sector socio-

político más retrógrado, complica el horizonte del atribulado país centroasiático hasta extremos insospechados.

Mientras Afganistán regresa al pasado, la geopolítica mundial da, desde allí, un giro inesperado hacia un futuro cada vez más sesgado por la incertidumbre. ■